

LA VERDAD SOSPECHOSA.

PERSONAS.

DON GARCIA, galan. DON SANCHO, viejo grave. CAMINO, escudero. DON JUAN, galan. DON JUAN, viejo grave. UN PAJE. DON FELIX, galan. TRISTAN, gracioso. JACINTA, dama. DON BELTRAN, viejo grave. UN LETRADO. LUCRECIA, dama. ISABEL, criada.—UN CRIADO.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Beltran.

ESCENA PRIMERA.

Por una puerta D. Garcia, de estudiante, y un Letrado viejo, de camino; y por otra, D. Beltran y Tristan.

D. Beltr. Con bien vengas, hijo mio. D. Garc. Dame la mano, señor. D. Beltr. ¿Cómo vienes? D. Garc. El calor del ardiente y seco estío me ha affigido de tal suerte, que no pudiera llevallo, señor, á no mitigallo con la esperanza de verte.

D. Beltr. Entra, pues, á descansar. Dios te guarde. ¡Qué hombre vienes! —Tristan.....

Tristan. Señor..... D. Beltr. Dueño tienes nuevo ya de quien cuidar. Sirve desde hoy á Garcia; que tú eres diestro en la corte, y él bisoño.

Tristan. En lo que importe yo le serviré de guía.

D. Beltr. No es criado el que te doy, mas consejero y amigo.

D. Garc. Tendrá ese lugar conmigo. [Vásc.]

Tristan. Vuestro humilde esclavo soy. [Vásc.]

ESCENA SEGUNDA.

D. BELTRAN, EL LETRADO.

D. Beltr. Déme, señor licenciado, los brazos.

Letrado. Los piés os pido.

D. Beltr. Alze ya. ¿Cómo ha venido? Letrado. Bueno, contento y honrado de mi señor D. Garcia, á quien tanto amor cobré, que no sé cómo podré vivir sin su compañía.

D. Beltr. Dios le guarde; que en efeto siempre el señor licenciado claros indicios ha dado de agradecido y discreto. Tan precisa obligacion me huelgo que haya cumplido Garcia, y que haya acudido á lo que es tanta razon. Porque le aseguro yo que es tal mi agradecimiento, que como un corregimiento mi intercesion le alcanzó. (Segun mi amor, desigual), de la misma suerte hiciera darle tambien, si pudiera, plaza en el Consejo Real.

Letrado. De vuestro valor lo fio.

D. Beltr. Sí, bien lo puede creer; mas yo me doy á entender que si con el favor mio en ese escalon primero

se ha podido poner ya,
sin mi ayuda subirá
con su virtud al postrero.

Letrado. En cualquier tiempo y lugar
he de ser vuestro criado.

D. Beltr. Ya, pues, señor licenciado,
que el timon ha de dejar
de la nave de García,
y yo he de encargarme d'él,
que hiciese por mí y por él
sola una cosa querría.

Letrado. Ya, señor, alegre espero
lo que me quereis mandar.

D. Beltr. La palabra me ha de dar
de que lo ha de hacer, primero.

Letrado. Por Dios juro de cumplir,
señor, vuestra voluntad.

D. Beltr. Que me diga una verdad
le quiero solo pedir.
Ya sabe que fué mi intento
que el camino que seguía
de las letras D. García
fuése su acrecentamiento;
que para un hijo segundo
como él era, es cosa cierta
que es esa la mejor puerta
para las honras del mundo.
Pues como Dios se sirvió
de llevarse á D. Gabriel,
mi hijo mayor, con que en él
mi mayorazgo quedó,
determiné que, dejada
esa profesion, viniese
á Madrid, donde estuviese,
como es cosa acostumbrada
entre ilustres caballeros
en España; porque es bien
que las nobles casas den
á su rey sus herederos.
Pues como es ya D. García
hombre que no ha de tener
maestro, y ha de correr
su gobierno á cuenta mia;
y mi paternal amor
con justa razon desea
que, ya que el mejor no sea,
no le noten por peor;
quiero, señor licenciado,
que me diga claramente,
sin lisonja, lo que siente

(supuesto que le ha criado)
de su modo y condicion,
de su trato y ejercicio,
y á qué género de vicio
muestra más inclinacion.
Si tiene alguna costumbre
que yo cuide de enmendar,
no piense que me ha de dar
con decirlo pesadumbre.
Que él tenga vicio es forzoso;
que me pese, claro está;
mas saberlo me será
útil, cuando no gustoso.
Antes en nada á fé mia
hacerme puede mayor
placer, ó mostrar mejor
lo bien que quiere á García,
que en darme este desengaño
cuando provechoso es,
si he de saberlo despues
que haya sucedido un daño.

Letrado. Tan estrecha prevencion,
señor, no era menester
para reducirme á hacer
lo que tengo obligacion;
pues es caso averiguado
que cuando entrega al señor
un caballo el picador
que lo ha impuesto y enseñado,
si no le informa del modo
y los resabios que tiene,
un mal suceso previene
al caballo y dueño y todo.
Deciros verdad es bien;
que, demas del juramento,
daros una purga intento
que os sepa mal y haga bien.
—De mi señor D. García
todas las acciones tienen
cierto acento, en que convienen
con su alta genealogía.
Es magnánimo y valiente,
es sagaz y es ingenioso,
es liberal y piadoso;
si repentino, impaciente.
No trato de las pasiones
propias de la mocedad,
porque en esas con la edad
se mudan las condiciones.
Mas una falta no más

es la que le he conocido,
que por mas que le he reñido,
no se ha enmendado jamás:

D. Beltr. ¿Cosa que á su calidad
será dañosa en Madrid?

Letrado. Puede ser.

D. Beltr. Cuál es? Decid.

Letrado. No decir siempre verdad.

D. Beltr. ¡Jesus, qué cosa tan fea
en hombre de obligacion!

Letrado. Yo pienso que, ó condicion
ó mala costumbre sea,
con la mucha autoridad
que con él teneis, señor.
Junto con que es ya mayor
su cordura con la edad,
ese vicio perderá.

D. Beltr. Si la vara no ha podido,
en tiempo que tierna ha sido,
enderezarse, ¿qué hará
siendo ya tronco robusto?

Letrado. En Salamanca, señor,
son mozos, gastan humor,
sigue cada cual su gusto:
hacen donaire del vicio,
gala de la travesura,
grandeza de la locura;
hace al fin la edad su oficio.
Mas en la corte mejor
su enmienda esperar podemos,
donde tan validas vemos
las escuelas del honor.

D. Beltr. Casi me mueve á reir
ver cuán ignorante está
de la córte. ¿Luego acá
no hay quien le enseñe á mentir?
En la córte, aunque haya sido
un extremo D. García,
hay quien le dé cada dia
mil mentiras de partido.
Y si aquí miente el que está
en un puesto levantado,
en cosa en que al engañado,
la hacienda ú honor le vá,
¿no es mayor inconveniente
quien por espejo está puesto
al reino? Dejemos esto;
que me voy á maldiciente.
Como el toro á quien tiró
la vara una diestra mano,

arremete al mas cercano
sin mirar á quien le hirió;
así yo, con el dolor
que esta nueva me ha causado,
en quien primero he encontrado
ejecuté mi furor.
Creame, que si García
mi hacienda, de amores ciego,
disipara, ó en el juego
consumiera noche y dia;
si fuera de ánimo inquieto
y á pendencias inclinado,
si mal se hubiera casado,
si se muriera en efeto,
no lo llevara tan mal
como que su falta sea
mentir. ¡Qué cosa tan fea!
¡Qué opuesta á mi natural!
Ahora bien: lo que he de hacer
es casarle brevemente,
antes que este inconveniente
conocido venga á ser.—
Yo quedo muy satisfecho
de su buen celo y cuidado,
y me confieso obligado
del bien que en esto me ha hecho.
¿Cuándo ha de partir?

Letrado. Querria
luego.

D. Beltr. ¿No descansará
algun tiempo, y gozará
de la corte?

Letrado. Dicha mia
fuera quedarme con vos;
pero mi oficio me espera.

D. Beltr. Ya entiendo: volar quisiera,
porque va á mandar. Adios. [Vase.]

Letrado. Guárdeos Dios.—Dolor extraño
le dió al buen viejo la nueva.
Al fin, el mas sábio lleva
Agriamente un desengaño. [Vase.]

Las Platerías.

ESCENA III.

D. GARCIA, de galan; TRISTAN.

D. Garc. ¿Dícame bien este traje?

Tristan. Divinamente, señor.

¡Bien hubiese el inventor
deste holandeseo follaje!

Con un cuello apanalado
¿qué fealdad no se enmendó?
Yo sé una dama á quien dió
cierto amigo gran cuidado
mientras con cuello le via;
y una vez que llegó á verle
sin él, la obligó á perderle
cuanta afición le tenia.
Porque ciertos costurones
en la garganta cetrina
publicaban la ruina
de pasados lamparones.
Las narices le crecieron,
mostró un gran palmo de oreja,
y las quijadas, de vieja,
en lo enjuto parecieron.
Al fin, el galán quedó
tan otro del que solia,
que no le conoceria
la madre que le parió.

D. Garc. Por esa y otras razones
me holgara de que saliera
premática que impidiera
esos vanos canjilones.
Que demas desos engaños,
con su Holanda el extranjero
saca de España el dinero
para nuestros propios daños.
Una valoncilla angosta,
usándose, le estuviera
bien al rostro, y se anduviera
mas á gusto á menos costa.
Y no que con tal cuidado
sirve un galán á su cuello,
que por no descomponello,
se obliga á andar empalado.

Tristan. Yo sé quien tuvo ocasion
de gozar su amada bella,
y no osó llegarse á ella
por no ajar un canjilón.
Y esto me tiene confuso:
todos dicen que se holgaran
de que valonas se usaran,
y nadie comienza el uso.

D. Garc. De gobernar nos dejemos
el mundo. ¿Qué hay de mujeres?

Tristan. El mundo dejas, ¡y quieres
que la carne gobernemos!
¿Es mas fácil?

D. Garc. Más gustoso.

Tristan. ¿Eres tierno?

D. Garc. Mozo soy.

Tristan. Pues en lugar entras hoy
donde amor no vive ocioso.
Resplandecen damas bellas
en el cortesano suelo
de la suerte que en el cielo
brillan lucientes estrellas.
En el vicio y la virtud
y el estado hay diferencia,
como es varia su influencia,
resplandor y magnitud.
Las señoras no es mi intento
que en este número estén,
que son ángeles á quien
no se atreve el pensamiento.
Solo te diré de aquellas
que son, con almas livianas,
siendo divinas, humanas;
corruptibles, siendo estrellas.
Bellas casadas verás
conversables y discretas,
que las llamo yo planetas
porque resplandecen más.
Estas, con la conjunción
de maridos placenteros,
influyen en extranjeros
dadaivosa condicion.
Otras hay cuyos maridos
á comisiones se van,
ó que en las Indias están
ó en Italia entretenidos.
No todas dicen verdad
en esto; que mil taimadas
suelen fingirse casadas
por vivir con libertad.
Verás de cautas pasantes
hermosas recientes hijas;
éstas son estrellas fijas,
y sus madres son errantes.
Hay una gran multitud
de señoras del tuson,
que entre cortesanas son
de la mayor magnitud.
Síguense tras las tusonas,
otras que serlo desean,
y aunque tan buenas no sean,
son mejores que busconas.
Estas son unas estrellas
que dan menor claridad;

mas en la necesidad
te habrás de alumbrar con ellas.

La buscona no la cuento
por estrella, que es cometa,
pues ni su luz es perfeta
ni conocido su asiento.

Por las mañanas se ofrece
amenazando al dinero,
y en cumpliéndose el agujero,
al punto desaparece.

Niñas salen, que procuran
gozar todas ocasiones:
estas son exhalaciones
que mientras se quemán, duran.

Pero que adviertas es bien,
si en estas estrellas tocas,
que son estables muy pocas,
por más que un Perú les dén.

No ignores, pues yo no ignoro,
que un signo el de Virgo es,
y los de cuernos son tres,
Aries, Capricornio y Toro;

y así, sin fiar en ellas,
lleva un presupuesto solo,
y es que el dinero es el polo
de todas estas estrellas.

D. Garc. ¿Eres astrólogo?

Tristan. Oí,
el tiempo que pretendia
en palacio, astrología.

D. Garc. ¿Luego has pretendido?

Tristan. Fuí
pretendiente, por mi mal.

D. Garc. ¿Cómo en servir has parado?

Tristan. Señor, porque me han faltado
la fortuna y el caudal;
aunque quien te sirve, en vano
por mejor suerte suspira.

D. Garc. Deja lisonjas, y mira
el marfil de aquella mano,
el divino resplandor
de aquellos ojos, que juntas
despiden entre las puntas
flechas de muerte y amor.

Tristan. ¿Dices aquella señora
que va en el coche?

D. Garc. ¿Pues cuál
merece alabanza igual?

Tristan. ¿Qué bien encajaba agora
eso del coche del sol,
con todos sus adherentes

de rayos de fuego ardientes
y deslumbrante arrebol!

D. Garc. La primer dama que ví
en la corte me agradó.

Tristan. ¿La primera en tierra?

D. Garc. No,
la primera en cielo, sí;
que es divina esta mujer.

Tristan. Por puntos las topará
tan bellas, que no podrás
ser firme en un parecer.
Yo nunca he tenido aquí
constante amor ni deseo;
que siempre por la que veo
me olvido de la que ví.

D. Garc. ¿Dónde ha de haber resplandores
que borren los destos ojos?

Tristan. Míralos ya con anteojos,
que hacen las cosas mayores.

D. Garc. ¿Conoces, Tristan?.....

Tristan. No humanes
lo que por divino adoras;
porque tan altas señoras
no tocan á los Tristanes.

D. Garc. Pues yo al fin, quien fuere sea,
la quiero, y he de servilla.
Tú puedes, Tristan seguilla.

Tristan. Detente: que ella se apea
en la tienda.

D. Garc. Llegar quiero.
¿Usase en la corte?

Tristan. Sí,
con la regla que te dí,
de que es el polo el dinero.

D. Garc. Oro traigo.

Tristan. Cierra, España;
que á César llevas contigo.—
Mas mira si en lo que digo
mi pensamiento se engaña.
Advierte, señor, si aquella
que tras ella sale agora,
puede ser sol de su aurora,
ser aurora de su estrella.

D. Garc. Hermosa es tambien.

Tristan. Pues mira
Si la criada es peor.

D. Garc. El coche es arco de amor,
Y son flechas cuantas tira.
—Yo llevo.

Tristan. A lo dicho advierte.

D. Garc. ¿Y es?

Tristan. Que á la mujer rogando,
y con el dinero dando.
D. Garc. ¡Consista en eso mi suerte!
Tristan. Pues yo, mientras hablas, quiero
Que me haga relacion
El cochero, de quién son.
D. Garc. ¿Dirálo?
Tristan. Sí, que es cochero.

ESCENA IV.

Jacinta, Lucrecia é Isabel, con mantos; cae Jacinta, y llega D. García y dale la mano

Jacinta. ¡Válgame Dios!
D. Garc. Esta mano
os servid de que os levante,
si merezco ser atlante
de un cielo tan soberano.
Jacinta. Atlante debéis de ser,
pues le llegais á tocar.
D. Garc. Una cosa es alcanzar
y otra cosa merecer.
¿Qué vitoria es la beldad
alcanzar, por quien me abraso,
si es favor que debo al caso,
y no á vuestra voluntad
Con mi propia mano así
el cielo? mas, ¿qué importó,
si ha sido porque él cayó,
y no porque yo subí?
Jacinta. ¿Para qué fin se procura
Merecer?
D. Garc. Para alcanzar.
Jacinta. Llegar al fin sin pasar
por los medios, ¿no es ventura?
D. Garc. Sí.
Jacinta. Pues ¿cómo estais quejoso
del bien que os ha sucedido,
si el no haberlo merecido
os hace mas venturoso?
D. Garc. Porque como las acciones
del agravio y el favor
reciben todo el valor
solo de las intenciones,
por la mano que os toqué
no estoy yo favorecido,
si haberlo vos consentido
con esa intencion no fué.
Y así, sentir me dejad
que cuando tal dicha gano,

venga sin alma la mano,
y el favor sin voluntad.

Jacinta. Si la vuestra no sabia,
de que agora me informais,
injustamente culpais
los defectos de la mia.

ESCENA V.

TRISTAN.—DICHOS.

Tristan. [*Ap.*] El cochero hizo su oficio.
Nuevas tengo de quién son.
D. Garc. ¿Qué? ¿hasta aquí de mi aficion
nunca tuvistes indicio?
Jacinta. ¿Cómo, si jamás os ví?
D. Garc. ¿Tan poco ha valido ¡ay Dios!
mas de un año que por vos
he andado fuera de mí?
Tristan. [*Ap.*] ¡Un año, y ayer llegó
á la corte!
Jacinta. ¡Bueno á fé!
¿Mas de un año? Juraré
que no os ví en mi vida yo.
D. Garc. Cuando del indiano suelo
por mi dicha llegué aquí,
la primer cosa que ví
fué la gloria de ese cielo;
y aunque os entregué al momento
el alma, habéislo ignorado,
porque ocasion me ha faltado
de deciros lo que siento.
Jacinta. ¿Sois indiano?
D. Garc. Y tales son
mis riquezas, pues os ví,
que al minado Potosí
le quito la presuncion.
Tristan. [*Ap.*] ¡Indiano!
Jacinta. ¿Y sois tan guardoso
como la fama los hace?
D. Garc. Al que mas avaro nace
hace el amor dadivoso.
Jacinta. ¿Luego, si decís verdad,
preciosas ferias espero?
D. Garc. Si es que ha de dar el dinero
crédito á la voluntad,
serán pequeños empleos
para mostrar lo que adoro
daros tantos mundos de oro
como vos me dais deseos.
Mas ya que ni al merecer

de esa divina beldad,
ni á mi inmensa voluntad
ha de igualar el poder,
por lo menos os servid
que esta tienda que os franqueo
dé señal de mi deseo.

Jacinta (*Ap.*) No ví tal hombre en Madrid.
Lucrecia, ¿qué te parece (*Ap. á ella.*)
del indiano liberal?

Lucrecia. Que no te parece mal,
Jacinta, y que lo merece.

D. Garc. Las joyas que gusto os dan,
tomad deste aparador,

Tristan. (*Ap. á su amo.*) Mucho te arrojas, señor.

D. Garc. Estoy perdido, Tristan.

Isabel. (*Ap. á las damas.*) D. Juan viene.

Jacinta. Yo agradezco,
señor, lo que me ofrecéis.

D. Garc. Mirad que me agraviaréis
si no lograis lo que ofrezco.

Jacinta. Yerran vuestros pensamientos,
caballero, en presumir
que puedo yo recibir
más que los ofrecimientos.

D. Garc. Pues ¿qué ha alcanzado de vos
el corazon que os he dado?

Jacinta. El haberos escuchado.

D. Garc. Yo lo estimo.

Jacinta. Adios.

D. Garc. Adios,
y para amaros me dad
licencia.

Jacinta. Para querer
no pienso que ha menester
licencia la voluntad.

(*Vánse las mujeres.*)

ESCENA VI.

D. GARCIA, TRISTAN.

D. Garc. (*A Tristan.*) Síguelas.

Tristan. Si te fatigas,
señor, por saber la casa
de la que en amor te abrasa,
ya la sé.

D. Garc. Pues no las sigas;
que suele ser enfadosa
la diligencia importuna.

Tristan. “Doña Lucrecia de Luna
se llama la mas hermosa,

qué es mi dueño; y la otra dama
que acompañándole viene,
sé donde la casa tiene;
mas no sé cómo se llama.”
Esto respondió al cochero.

D. Garc. Si es Lucrecia la mas bella;
no hay más que saber, pues ella
es la que habló, y la que quiero;
que como el autor del dia
las estrellas deja atras,
de esa suerte á las demas
la que me cegó vencia.

Tristan. Pues á mí la que calló
me pareció mas hermosa.

D. Garc. ¿Qué buen gusto!

Tristan. Es cierta cosa

que no tengo voto yo;
mas soy tan aficionado
á cualquier mujer que calla,
que bastó para juzgalla
más hermosa, haber callado.
Mas dado, señor, que estés
errado tú, presto espero,
preguntándole al cochero
la casa, saber quién es.

D. Garc. Y Lucrecia, ¿dónde tiene
la suya?

Tristan. Que á la Vitoria
dijo, si tengo memoria.

D. Garc. Siempre ese nombre conviene
á la esfera venturosa
que da eclíptica á tal luna.

ESCENA VII.

D. JURN Y D. FELIX.—DICHOS.

D. Juan. (*A D. Félix.*) ¿Música y cena? ¡Ah
(fortuna!

D. Garc. ¿No es este D. Juan de Sosa?

Tristan. El mismo.

D. Juan. ¿Quién puede ser
el amante venturoso
que me tiene tan celoso?

D. Félix. Que lo vendréis á saber
á pocos lances, confío.

D. Juan. ¿Qué otro amante le haya dado
á quien mia se ha nombrado,
música y cena en el rio!

D. Garc. ¡D. Juan de Sosa!

D. Juan. ¿Quién es?